

DEL ROMANCERO DOMINICANO

POR

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

Tirada aparte de la *Miscelánea de Estudios*
dedicados al Dr. Fernando Ortiz por sus
discípulos, colegas y amigos

LA HABANA

1956





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

DEL ROMANCERO DOMINICANO

POR EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI

Es el Prefacio de la obra de E.
Rodríguez Demorizi, Del romance-
ro dominicano, Santiago (Repúbli-
ca Dominicana), 1943.





Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Con los aventureros del mar compañeros de Colón en el viaje del descubrimiento, vino el romance a la Isla Española. Músicas y cantos eran el único solaz de la tripulación en la incierta y larga travesía. Así entonces, así después. Cuando en 1544 retornan de España María de Toledo y el Padre Las Casas, y con ellos los venerandos restos del Almirante, en las naos venían «los seglares tañendo guitarra y cantando romances, y cada uno a su modo... otros leyendo en libros...». Tal decía uno de los insignes misioneros acompañantes del Apóstol de los Indios.¹

En la memoria de cada capitán, de cada soldado, de cada negociante, venía de España, dice Menéndez Pidal, «algo del entonces popularísimo romancero español, que como recuerdo de la infancia reverdecería a menudo para endulzar el sentimiento de soledad de la patria, para distraer el aburrimiento de los incabables viajes o el temor de las aventuras con que brindaba el desconocido mundo que pisaban».² Entre los ilustres aficionados al romance que residen en la Española antes de pasar a Tierra Firme, se cuentan el magistrado Alonso de Zuazo, oidor de la Real Audiencia de Santo Domingo, Hernán Cortés, que antes del incendio de sus naves era escribano en la villa de Azua. En memorable trance, Alonso Hernández Puertocarrero le dice al Conquistador, entre adargas y arcabuces: «Paréceme, Señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras dos veces a esta tierra:

Cata Francia, Montesinos;
cata París, la ciudad,
cata las aguas del Duero,
do van a dar a la mar.»

Y Cortés le responde:

«Dénos Dios ventura en armas
como al paladís Roldán...»

Desde la Isla parten los nuevos descubridores y conquistadores, y el romance,

¹ Fray Francisco Ximénez, *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. Guatemala, 1929, p. 280. Los capítulos relativos a la Isla Española pueden verse en *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Colección y notas de E. R. D., Ciudad Trujillo, 1942, p. 106.

² Ramón Menéndez Pidal, *El Romancero*. Teorías e investigaciones, Madrid, 1927, p. 189.

«radiante corona de la musa popular», se difunde por todo el Continente.³ El romance viejo *Mira Nero de Tarpeya*, que recuerdan Fernando de Rojas en *La Celestina*, Cervantes en el *Quijote*, Feliciano de Silva en *Don Florisel de Niquea* y Lope de Vega en *Roma abrasada*, lo repiten Lázaro Bejarano, en Santo Domingo, y las Casas, Bernal Díaz del Castillo y Fr. Juan de Grijalva, en México. El agudo ingenio de Lázaro Bejarano lanza sus certeras saetas contra el Presidente de la Real Audiencia, Alonso de Maldonado, en 1552, quien prefería los ocios a los trabajos, las plácidas riberas del Ozama a los afanes de su grave ministerio; y desliza al final de su punzante sátira una reminiscencia del célebre romance de Nerón:

También vide a Maldonado
 Liscenciado y Presidente
 a la sombra de una fuente
 descuidado del cuidado
 que el Rey le dió de su gente;
 y al son de una sinfonía
 que Cieza el ciego tañía,
 cantaban los Melgarejos,
 gritos dan niños y viejos
 y él de nada se dolía.

Cuando Gonzalo Fernández de Oviedo, el ilustre Alcaide de la Fortaleza de Santo Domingo, escribe aquí su monumental *Historia de las Indias*, los romances viejos acuden siempre a su memoria. Uno de ellos, el del Rey Ramiro:

Buenas las traemos, Señor,
 pues que venimos acá...

Tampoco olvida los cantares de Castilla cuando escribe, junto a los rumores y soledades del Caribe, sus célebres *Quinquagenas*:

Deste mal murió mi madre,
 deste mal moriré yo...

Desde temprano, vivos aún los tristes y armoniosos ecos del *Areito* de Anacaona, la poesía abunda en Santo Domingo.⁴ Y en tal extremo que Juan de Castellanos, en sus enormes *Elegías*, le atribuye virtud suficiente para ser causa

³ ¿Qué clase de romances vino a la América? «No hay duda que los de carácter épico», dice José M. Chacón y Calvo. El docto crítico cubano señala que «en los Cronistas de Indias hay algunas citas que prueban la boga que iban alcanzando en estas nuevas tierras los romances del ciclo Carolingio». V. su admirable ensayo acerca de los romances tradicionales de Cuba, en su obra *Literatura cubana*. Madrid, 1922, p. 96.

⁴ Para el cronista López de Gómara, el *areito* era como el romance de los indios de la España. Al referirse a las ceremonias religiosas de los indígenas decía: «Rodeaban los que oraban,

de que no pueda el español domeñar al indio rebelde que desde 1519 señorea el Bahoruco:

Por faltar pues entonces fuerte gente
y usarse ya *Sonetos y canciones*,
el Enrique se hizo tan valiente
saliendo siempre con sus intenciones.

¡Qué tesoros de poesía perdidos para siempre! Algún romance recogería la gesta de Enriquillo, la fiereza de Caonabo, la prisión del Almirante, la rebeldía de Roldán, la hecatombe de Jaragua, las proezas de Ojeda, la obras y crueldades de Nicolás de Ovando... Sin embargo, ¡ni el recuerdo!

Escasos nombres asoman en el lento desfile de poetas de la colonia de los cuales se conserva algún romance: el fraile murciano Antón de Lescámez, quien estuvo en la Ciudad del Ozama en 1934, autor del *Romance de Ximénez de Quesada*, cuyos ochenta versos fueron los primeros escritos en el Nuevo Reino de Granada, según afirma Otero Muñoz;⁵ Tirso de Molina, morador de nuestro antiguo Convento de las Mercedes, por los años de 1616 de 1618, quien escribe aquí dos «romances a lo rústico». Después, nada se sabe de si escribieron romances Leonor de Ovando, Tostado de la Peña, Llerena y demás poetas y versificadores de los lejanos tiempos coloniales. Luis José Peguero, quien hacia 1763 escribe el *Romance a los valientes dominicanos que han sabido defender su isla Española*; y el versificador anónimo que por el 1830 escribe el patético *Romance de las invasiones haitianas*, son raros ejemplos.⁶

Cierto es también que en la Isla, como en casi toda la América, el romance perdió su prestigio de genuina expresión de la musa popular española, y fué sustituido por la *décima*, que es nuestro metro popular por excelencia.⁷ Por eso apenas se recuerdan algunos romances de los años de la Colonia, salvo los romances tradicionales infantiles que todavía se cantan en las escuelas dominicanas,

y comenzaban a cantar como un *romance viejo* en loor de aquel dios. Levantábanse todos a responder, en acabado el romance mudaban el tono y decían otro en alabanza del Cacique... Areito es como la zambra de moros, que bailan cantando *romances* en alabanza de sus ídolos y de los reyes y en memoria de victorias y acaecimientos notables y antiguos, que no tienen otras historias». *Historia general de las Indias*, Bib. de Aut. Españoles, Rivadeneira, Madrid, 1852, vol. 1, pp. 173-174.

⁵ G. Otero Muñoz, *Los primeros poetas de la conquista*, en *Boletín de historia y de antigüedades*, Bogotá, No. 217, 1932, pp. 50 y 54.

⁶ En nuestro libro *Del romancero dominicano*, C. T., 1943, reunimos una serie de romances históricos y en una nota, pág. 10, dimos una reseña de fuentes para quien desee formar un *Romancero dominicano* completo o poco menos.

⁷ Una investigación cuidadosa revelará la existencia, en nuestra poesía popular, del *corrido*, derivado del romance, tan en boga en México. En esa investigación puede servir de guía la vasta y excelente obra de Vicente T. Mendoza, *El romance español y el corrido mexicano*, México, 1939, y el docto ensayo de Héctor Pérez Martínez, *Trayectoria del corrido*, México, 1935. En cuanto a la *décima* en Santo Domingo, véase la obra de María Cadilla de Martínez, *La poesía popular en Puerto Rico*, Madrid, 1933—la mejor en su género en las Antillas—, y nuestro libro *Poesía popular dominicana*. C. T., 1938, vol. 1.

tales como *Delgadina*, *Hilo de oro*, *La niña convertida en árbol*, *Doña Ana*, *Malbrú*, *Santa Catalina*, *Muerte del Señor don Gato*, y otros.⁸

Creada la República, los poetas escriben pocos romances. Hostos se lamentaba de que las *Fantasías Indígenas* de José Joaquín Pérez no fueran el *Romancero de Quisqueya*, y expresaba sus pensamientos en sus bellas páginas *Lo que no quiso el lírico quisqueyano*.⁹ Sin embargo, dice Pedro Henríquez Ureña, «a mi juicio no era acertada la idea de Hostos: el romance, en España popular, no lo es en Santo Domingo. El oído dominicano necesita consonantes, y por eso nuestro pueblo gusta de las décimas y de las redondillas». ¹⁰ En realidad, puede afirmarse que la *décima es nuestro romance*.

La aspiración de Hostos tenía antecedentes: en 1874 la benemérita Sociedad Amantes de la Luz, de Santiago de los Caballeros, hizo un llamamiento a los poetas del país para que escribieran algunas «producciones por hechos de nuestras guerras de Independencia y Restauración, dando referencia para la forma al romance y a la décima, por ser los géneros más populares, proponiéndose con ello celebrar nuestros héroes e inflamar nuestro espíritu de autonomía». ¹¹ El bello propósito tuvo pobre resultado. Prevalció la décima por encima del romance. ¹²

⁸ V. Pedro Henríquez Ureña, *Romances de América*, en *Cuba Contemporánea*, No. 4, La Habana, dic., 1913; P. H. U. y Bertrán D. Wolfe, *Romances tradicionales en Méjico*, Madrid, 1924; Aurelio M. Espinosa, *El romancero*, en *Hispania*, vol. XII, No. 1, feb., 1929; J. Vicuña Cifuentes, *Romances populares y vulgares*. Santiago de Chile, 1912, y Carolina Poncet, *El romance en Cuba*. La Habana, 1914.

⁹ Decía Hostos: «Con la facilidad de composición métrica que siempre tuvo, José Joaquín Pérez estaba en capacidad de dotar a las letras patrias con la obra que acaso es más capaz de cerrar el ciclo del primer estado y abrir el del segundo estado de la vida nacional. Esa obra era el *Romancero de Quisqueya*... Es seguro que José Joaquín hubiera unido a su capacidad para hacer magníficos romances, la idea de que ellos son el molde único de nuestra familia en la fábrica de lo bello nacional, en la idealización de la vida nacional, en la construcción del ideal poético de la familia étnica, habría llegado infaliblemente al romance de Quisqueya... Así en *Fantasías indígenas*, que son un romancero malogrado, a cada paso despunta el romancero». V. nuestra colección de escritos del Maestro, *Hostos en Santo Domingo*, C. T., 1942, vol. II, pp. 83-85. Como José Joaquín Pérez en algunas de sus *Fantasías*, y como Félix María Del Monte, en *Las Vírgenes de Galindo*, Salomé Ureña también utilizó el romance en diversas partes de su extensa leyenda *Anacaona*, inserta en la primera edición de sus *Poesías*, (Santo Domingo, 1880).

¹⁰ P. Henríquez Ureña, *Reflorescencia*, en la revista *La Cuna de América*, No. 77, Santo Domingo, 18 de dic. de 1904.

¹¹ *El Orden*, No. 18, Santiago, 6 de dic. de 1874.

¹² En nuestros escritores del pasado no es raro encontrar alusiones a los romances viejos y hasta fragmentos de ellos: en las décimas acerca del número 7, atribuidas al Maestro Mónica, hay esta alusión al de la lastimera historia de los Siete Infantes de Lara:

*Los valerosos infantes
Siete del nombre de Lara...*

Y Galván en *Enriquillo*, (S. D., 1882, p. 200) pone en boca de Elvira Pimentel, de los tiempos de María de Toledo, estos dos versos:

*Salen las siete cabrillas,
la media noche es pasada...*

En *La Celestina* dice Melibea:

*La media noche es pasada,
e no viene:
sabedme si otra amada
le desiene...*

Antes de la frustrada iniciativa de *Amantes de la Luz*, en los días de la Anección a España, de 1861 a 1865, el romance alcanzó nueva boga en Santo Domingo. Era la afición española al romance, en oposición a la preferencia dominicana por la décima. Mientras los *caacharros*, españoles, escriben romances como la jactanciosa *Carta de un soldado a su madre después de la acción de Puerto-Caballo*,¹³ los *manigüeros*, dominicanos, componen sus décimas o entonan sus cantares al son del tiple:

Antonio Guzmán
no me gusta a mí;
primero cacharro
y después *mambí*.

A las armas manigüeros,
cantemos la libertad,
que somos dominicanos
del partido nacional.

Ya se van los españoles
con su bandera *morá*,
juyéndole a cuatro gatos
que salen de la *avanzá*.

Ya se van los españoles
con su bandera amarilla,
juyéndole a cuatro gatos
que salen de la manigua.

Algunos romances de los soldados españoles tenían grande popularidad y corrían impresos en España. Así el *Nuevo y curioso romance en que se da cuenta de la victoria alcanzada por los españoles... guerra de Santo Domingo de América*, publicado en Salamanca. Y no faltaban las vulgaridades romanceadas. El ameno historiador Nicolás Estévez, que estuvo en Santo Domingo en el ejército peninsular durante la guerra dominico-española, refiere que en el Campamento de Monte Cristi, diezmado por la disentería, un oficial español compuso el siguiente romance, que tuvo grandísima boga en todo el Continente:

Me c..., c..., en Colón,
en Cortés y en los Pizarros,
en Américo Vespucio
y en don Sebastián del Cano.
En Isabel la Católica

¹³ Véase R. González Tablas, *Historia de la dominación y última guerra de España en Santo Domingo*, Madrid, 1870, pp. 180-181.



y en su esposo don Fernando.
 Me c... en Guatimozín
 y en el Inca Garcilaso.
 en los Estados Unidos
 y en el Seno Mexicano,
 en el trono del Brasil
 y encima del Chimborazo
 y de Panamá en el Istmo
 por uno y otro oceanos.
 Y por c... en América.
 Me c... hasta en el tabaco...¹⁴

El romance, pues, flor escasa en nuestro Olimpo, no ha tenido pervivencia en Santo Domingo, salvo en los cantos infantiles. Lo desplazó la décima, como metro popular. Su aparición nunca fué sino fugaz y esporádica. Se deshizo en los rústicos cantares campesinos. Apareció, con todos sus atavíos, en los *Romances de la Hispaniola*, promesa de Gastón Deligne sólo en parte cumplida. Asomó en la candorosa y mística Juana Hernández, tan pobre como desconocida. Vivió vida intensa, pero escasa de poesía, en las *Cachimbolas* de Eulogio C. Cabral, único de nuestros poetas populares que, apartándose de la décima, sólo escribió romances. Reapareció, finalmente, como indudable influencia de García Lorca, cuando el inmortal *Romancero gitano* recorría triunfal el mundo de habla hispánica. La excelente revista *Baboruco*, de Horacio Blanco Fombona, fué la ardida palestra. Allí están, recién nacidos y ya olvidados, año de 1934, aquellos «romances de encargo».

Era, sin embargo, algo del alma española que penetraba nuestro espíritu, como si volviesen a llenar los ámbitos de la Isla, con nuevo y encendido acento, los viejos romances que trajeron, en las naos descubridoras, los aventureros del mar compañeros del Primer Almirante.

Restrepo, en *El cancionero de Antioquia*, Barcelona, 1930, p. 167.

¹⁴ Hemos reconstruido este romance, quizás incompleto, en vista de las versiones fragmentarias dadas por Estévez, en *Fragmentos de mis memorias*, Madrid, 1903, p. 169, y por Antonio José



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia